

Cendrars, o en busca vehemente de justicia social, como en Frank, Barhuse, Hidalgo, Trotsky. Algo de esto último aparece en Latcham, pero en él prima el esteta intelectualista. Yo sé como es él de apasionado, pero un tipo de apasionado intelectual. Un raro *pathos* cerebral, y por consiguiente paradójico.

La inquietud viajera carece de itinerario. Se busca no ciudades sino almas, y más que almas, masas. Lo interesante para el viajero no es ya la catedral de Colonia, sino la condición del hombre en Colonia. En vez de la Giralda, nos obsede el sevillano. Y más que el flamenco, el sobrio catalán con sus problemas. Buscamos, buscamos algo que es preciso hallar en el mundo, y que se nos escapa de las manos apenas lo podemos acariciar trémulamente.

Pesquisadores de hombres y de pueblos, en desesperanzada empresa, el viajero olvida el cielo y el mar, meros comparsas de una tragedia suprema. Y una vez más, como antes, como en el Renacimiento, el hombre reocupa el puesto central del Universo. Nuestro antropocentrismo, carece, sin embargo, de ilusiones, y, a pesar del misticismo que a él nos lleva, sabemos de antemano las sorpresas y encrucijadas que nos aguardan en esta tremenda tarea de dar un itinerario a nuestra inquietud indómita.—*Luis Alberto Sánchez*.

NOVELA

«CUMBRES DE ESPANTO», por *C. F. Ramuz* (1).

Justo es agregar algo al margen de este libro valioso y de su au-

(1) Editorial Cénit, Madrid, 1930.

tor, tan tardíamente traducido al castellano.

Vive Ramuz la más frugal de las vidas en el cantón de Vaux. El valle y la montaña suizos no constituyen simples motivos para él, mantienen su razón de ser. Los campesinos valdenses poseen en el menos literato de sus literatos su expresión más fiel. Ramuz no sabe monologar ni refundir, ni cocinar; es pura expresión latente, regional. Escribe por necesidad, «no tanto de expresarse a sí propio cuanto a los seres, y sirviéndose de los seres, al ser simplemente, por medio de uno mismo». La tradición oral, que trae jugos naturales y calor de viejo moscatel, alienta su lenguaje, que es la transfusión total de su pueblo. Con mano de obra, con primor inclusive, un buen escritor logra semejante espontaneidad. Pero la paradoja se rompe en el autor de «Cumbres de espanto» y todo fluye verdaderamente. Ramuz es el cantón. Su emoción racial ha tenido un eco de gratitud en el corazón fresco de los suyos. No hace mucho, obtuvo el «Premio Romand»—400,000 francos—otorgado exprofeso por sus compatriotas y admiradores. Es lógica su singular influencia en la juventud proletaria francesa, tan positiva y sin fronteras.

Cada página de «Cumbres de espanto» atestigüa y excava la solidaridad, el maridaje del hombre primordial con la naturaleza. Sus personajes son miméticos, cortados a pique. El medio ambiente, no el autor, los ubica y dirige. Hay momentos en que esta vida frugal tiene tanto vigor que Ramuz se anula

hasta desaparecer. ¿Quién escribió entonces aquellos pasajes? ¿Es una vertiente que se alza y modula sus secretos, o un instinto independizado que habla en su lenguaje directo? La comuna explota el valle y la montaña. Trepa y desciende, hacendosa como un hormiguero. Quiere dominar fecundando. Los hombres son motas negras en el blancor de las nieves. Sencillez del trabajo, sencillez de la producción, sencillez de la existencia y sus afanes. Simplicidad de la novela. La resultante del queso corresponde a un idilio del Vaux. En todo puede haber poesía.

Los animales suben la montaña, desprendiendo piedras con las pezuñas. Los trabajadores llevan pollainas hasta el muslo y zapatos con puntas de latón. Bajo la lana gorda palpitan los senos redondos de las ordeñadoras. Desde la falda hasta los ventisqueros, el paisaje se transfigura. Brilla el filo azul del aire. Los techos pizarrosos se apretujan en el llano. Las vacas lucen coronas de flores mañaneras. Y todo porque el pasto amengua en el valle. Los más fuertes paisanos de la comuna guían el ganado hacia unos pastales perdidos en la cumbre. Allí se aposentan, inmutables, José, uno de ellos, ha dejado a Victorina, su novia, en el pueblo. Y aquí comienza el drama. En la cima habita el miedo, un miedo supersticioso, ineluctable. La leyenda de un cadáver putrefacto y algunos ruidos nocturnos hacen huir a uno de los muchachos. El miedo crece, se extiende en mil aventuras medrosas que la sabia sensibilidad de Ramuz agota. La altura incuba el espanto, que deviene una

realidad atroz. Es la peste, la muerte. El pueblo se acurruca, teme y cerca a los hombres de la cumbre que viven como sombras pestilentes. Por fin, el miedo tórnase un alud que cae sobre el poblado, inundando y matando a diestra y siniestra.

El alma de Victorina se abre de repente, como esas flores amarillas que despuntan entre la hierba cuando se derrite la nieve. Pero no logra supervivir.

Prolijo, insuperable, Ramuz estruja las sensaciones del pavor y la soledad. De noche, cuando la tierra se queda sola con lo que «no piensa», y los ventisqueros dan una semiclaridad, el desasosiego de sus montañeses, hecho carne de naturaleza bruta, habla como si hablase la vena del agua.

«Cumbres de espanto» tiene una gran técnica impensada, por eso su realización es confusa, a veces, ininteligible. La traducción española no puede ser peor. En «Aline», Ramuz aparece como un técnico consciente, pero su vitalidad se atenúa. «Es que la montaña tiene sus ideas, es que la montaña tiene sus caprichos».—*Carlos Vattier B.*

LOS CONFIDENTES AUDACES, por *Pío Baroja*.

Don Eugenio de Aviraneta, nuestro amigo de diez y nueve libros, no ha muerto y parece que no lleva trazas de morir. Continúa deambulando a través de España y de Europa, guiado por su destino y por la imaginación de Pío Baroja, quien, urgido tal vez por sus exigencias editoriales, no lo deja ni a sol ni a sombra,